

## Carta de Buenos Aires: el último tango

*Ricardo Dessau*

En Argentina, Horacio Salgán es una institución que si no llegó a la fama internacional de un Astor Piazzolla es porque no se fue a a vivir a París. El 15 de junio de 2004, el último gran maestro vivo del tango cumplió 88 años. Para entonces, hacía poco más de tres meses que había dejado de actuar, como todos los sábados desde hace diez años consecutivos, en un restaurante y sitio de copas tradicional de Buenos Aires, el Club del Vino (en la muy puesta zona de moda de Palermo Viejo), con su Quinteto Real y en el dúo que forma a partir de 1957 con otra de las grandes figuras tangueras, Ubaldo de Lío. Sin embargo, no por eso el espectáculo se interrumpió. Sigue la función, sigue el quinteto, sigue el dúo, sólo que el lugar del Maestro ha sido ocupado, desde el 6 de marzo de 2004, por su mejor discípulo, y el discípulo se llama César... Salgán, de 46 años, uno de los tres hijos del primer matrimonio.

El relevo generacional –un episodio que será trascendente en la historia del tango– apenas fue anunciado públicamente. Ocurrió casi como por casualidad. «Creo que fue en octubre del año pasado», dice César, «cuando un día mi padre empezó a sentirse mal, pero mal por agotamiento, ya que es una persona que no acostumbró a tomarse vacaciones, ni a decir “yo paro tres meses por año”; no, él no lo hacía, trabajaba siempre, y eso desde los 14 años. Entonces dijo: “Bueno, voy a parar”. Pensaba que a iba a parar un mes, pero después dijo: “Ya que estamos, paro hasta fin de año”, y después, en enero: “Para qué voy a arrancar, si hace tanto calor”, y en marzo: “Bueno, arrancá vos”». Conclusión: «Hay que ver cuándo vuelve, o qué tipo de trabajo va a hacer cuando vuelva... *o si vuelve*», agrega.

Esta última frase se parece más a la metáfora afectuosa de una despedida definitiva que a una hipótesis en vías de verificación. Porque, como nos lo había anticipado a Susana Salgán –representante del pianista, compositor, director y arreglador, así como del quinteto y el dúo, hija de su segundo matrimonio– y lo confirmaría luego el propio César, el Maestro «probablemente le diga adiós a su público en un gran concierto que se programaría para fin de 2004 o comienzos de 2005». Por

lo que eso de «arrancá vos» suena también a metáfora: la del genio sencillo –una sencillez que lo distinguió durante toda su vida–, ajeno a la grandilocuencia de los gestos, los ademanes adustos y las declaraciones espectaculares, como lo confirma, por enésima vez, esta súbita evaporación de los escenarios y «ante» su público.

¿Genio, Salgán? Qué duda cabe. Arthur Rubinstein e Igor Stravinsky lo pusieron a la altura de los grandes clásicos, y se quedaron fascinados con sus interpretaciones al piano, sus dotes como arreglador y sus malabarismos orquestales. Esto lo contó alguna vez el músico argentino Lalo Schiffrin (compositor, entre otras cosas, de la banda sonora de *El último tango en París*), testigo directo, y Salgán se quedó sorprendido. Y cuando se le pregunta a su compañero profesional de hace casi cincuenta años, el «brujo» de la guitarra eléctrica, Ubaldo de Lío, no se queda en chiquitas. «¿Que cuál es el lugar que ocupa Horacio Salgán? El mayor. Es un fenómeno tocando. Tiene estilo personal, riqueza de ideas. No se repite. Y todo lo que tocó fueron sus arreglos [suman 338, sin contar los arreglos sobre sus propios arreglos]. Un ejemplo: *El entrerriano* [un clásico de Rosendo Mendizábal]. Otro: *Recuerdo* [ese tango «maldito» de otro de los grandes, Osvaldo Pugliese, que tantos públicos pidieron a tantas orquestas y que tantas de ellas se negaron a interpretar, considerando que no estaban a la altura de tan formidable empresa]. A *Recuerdo* lo embelleció Horacio», continúa De Lío, «con la variación que colocó sobre la melodía. Así es él. Es natural en él. Toma un tango y lo embellece. Es una recreación que supera al original. En el caso de *Recuerdo*, ni el propio Pugliese logró este resultado».

Sí, estilo. «Jorge Luis Borges afirmaba que lo más importante en el arte es el estilo», escribe el poeta Horacio Ferrer (autor de la letra de *Balada para un loco*, de Astor Piazzolla), en el prólogo del libro que le dedicara a Salgán su esposa de entonces (1993), Sonia Ursini: *Horacio Salgán, la supervivencia de un artista en el tiempo* (Ediciones Corregidor, Buenos Aires). «Compartiendo totalmente el concepto de Borges –prosigue Ferrer–, podemos añadir que si son suficientes dos compases para reconocer el inconfundible estilo del maestro Salgán, a esa concluyente personalidad es menester ponderarla también por su inalterable buen gusto y por la emoción de la sorpresa inventiva que encierra. Exactamente esa fue la conmoción que viví allá por 1948 –cumplía mis quince años de edad– al escuchar por primera vez por Radio El Mundo [...] a la orquesta de Horacio Salgán. Era la súbita revelación de la belleza del tango expresada en una forma diferente que avasallaba mi

imaginación y vencía y convencía a mi corazón de imberbe tanguero y devoto de todas las artes.»

Esta *revelación* surgiría en realidad en 1944, cuando Salgán (tenía entonces 28 años) creó su primera orquesta. En sus palabras, citadas por Ursini: «La idea de formar la orquesta está integrada de alguna manera a la de la composición. Empecé a componer porque quería hacer un tango de una manera determinada. No con la idea de ser compositor sino con la de tocar tangos como a mí me gustaba. Lo mismo sucedió con la orquesta. Como a mí me gustaba interpretar tangos a mi manera y la única forma de hacerlo era teniendo mi propio conjunto, lo armé. Hay gente, claro, a la que le gusta ser director de orquesta. A mí me interesó esto: mi vocación es netamente pianística. Sin ninguna pretensión de crear nada, de inventar nada. Solamente la de tocar a mi manera, que es una necesidad».

Horacio Salgán y Ubaldo de Lío se conocieron en el 57, en una *boite*. «Salgán tocaba con [el bandoneonista] Ciriaco Ortiz, y yo con un trío de música cubana. Había momentos en que no había nadie, y nos poníamos a tocar juntos.» De tanto tocar informalmente juntos, surge un dúo («que sonaba como una orquesta, algo sorprendente aun para nosotros mismos»), un quinteto [en 1960, primero «Quinteto Real» y luego «Nuevo Quinteto Real») y una gran amistad («aunque siempre nos tratábamos, y nos seguimos tratando, de usted»). Empiezan a recorrer el mundo («a los japoneses les gusta el tango, pero no saben bailar-lo; quienes mejor lo bailan son los alemanes y los franceses»), y la consecuencia es que terminan viviendo «más juntos que con la familia». Pero de la familia Salgán, naturalmente, forma también parte César, y él acusa el impacto... y de paso, cariñosamente y con un guiño, «acusa» a De Lío de haberle «robado» al padre. Esto, hasta sus 43 años. Porque es de apenas tres años que data la «reconciliación» de Salgán con Salgán, de padre e hijo o, mejor dicho, la recuperación mutua de ambos.

Para César, *de aquí a la eternidad*. «Es la nuestra una relación muy profunda, pero nada común», dice. «Es una mezcla de estar tomando mate con él, y de repente... ¡Qué privilegio! Estar en contacto con maestros que han sido grandes creadores: uno debe estar atento y no te queda más remedio que ser como una esponja. Uno tampoco lo puede esquivar». Contacto que, dado que no todos podemos ser hijos de Salgán, deberían mantener a través de una extensa e intensa escucha discográfica los jóvenes, o no tan jóvenes, que están empezando a internarse profesionalmente por la senda del tango. Casi todos ellos

«quieren cambiar algo, pero para cambiar algo hay que conocerlo, como Aníbal Troilo [as del bandoneón y director de orquesta] conocía a Carlos Di Sarli [as del piano y director de orquesta], y el propio Salgán a Troilo. Todos sabían lo que hacía el otro. No eran unos improvisados». Sin embargo, muchos de los grupos que están surgiendo «quieren hacer como Piazzolla, un vanguardista que dio color a la música de hace 45 años (su tango *Adiós Nonino* no está tan lejos de *A fuego lento* [la más célebre de las composiciones de Salgán], pero es otro enfoque musical), sin conocer lo anterior». *A fuego lento*, precisamente, porque el tango, además de un profundo conocimiento específico, «requiere cierta madurez intelectual para poder apreciarlo».

*A fuego lento* se llama ese tango que Salgán compuso en 1953 y que, con *A Don Agustín Bardi* (en homenaje al pianista del mismo nombre), marcó su consagración. Paradojas de la historia, observa César, su padre –quien eligió ese título porque era fácil de recordar, así como *Del 1 al 5* [su primera composición, de 1935, recordaba el período del mes en que se cobraba– estuvo a punto de sacarlo del repertorio, porque «cuando lo estrenaron no estaba convencido: se le aparecía como una maraña de notas». Hasta que, desde el público, se lo volvieron a pedir... y así fue como, al igual que tantas otras obras, musicales o literarias (recordemos el incierto destino de la Gran Fuga de uno de los últimos cuartetos de Beethoven, el opus 130, o las novelas de Kafka) se salvó de la hoguera la que finalmente sería una de las composiciones instrumentales más famosas de la historia del tango.

Hoy, otro fuego lento consume al trío Salgán (Horacio, César y Susana, quienes, como en *Los tres mosqueteros*, tienen en Ubaldo de Lío a su D'Artagnan): el de la nueva aventura que empieza a levantar temperatura, bajo el ojo clínico del Maestro. Al segundo día de sentarse César ante el piano, en el Club del Vino, inseguro como lo estuviera el propio Horacio con aquel tango inmenso de su inspiración, llamó a su padre para que diera el visto bueno (o malo) sobre el funcionamiento del quinteto y del dúo. Cuando el Maestro mostró su entusiasmo, a César ya no le pareció tan desesperada la misión imposible de reconstruir «de oídas» los arreglos para el instrumento que Horacio nunca dejó por escrito, sino que directamente traspuso de su cabeza al teclado. Así trabaja el genio. De los extraordinarios arreglos de Salgán padre, únicamente queda constancia escrita en las partituras dedicadas al violín, la guitarra eléctrica, el contrabajo y el bandoneón, el resto de los instrumentos que componen el Quinteto Real. Como si en realidad fuera un cuarteto... de Beethoven.